

EL TIEMPO VIVIDO

ALEXANDER WOLFF



Páginas de vuelta a casa



UNA HISTORIA FAMILIAR DE LIBROS,
GUERRA, HUIDA Y EXILIO

CRÍTICA

ALEXANDER WOLFF



Páginas de vuelta a casa

Una historia familiar de libros, guerra,
huida y exilio

Traducción castellana de
Efrén del Valle

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: enero de 2022

Páginas de vuelta a casa. *Una historia familiar de libros, guerra, huida y exilio*
Alexander Wolff

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Endpapers. A Family Story of Books, War, Escape, and Home*

© Alexander Wolff, 2021

© de la traducción, Efrén del Valle, 2022

Extractos de Kurt Wolff Tagebücher, del 23 de octubre de 1914 al 28 de junio de 1915, reproducidos con el permiso de Deutsches Literaturarchiv-Marbach.

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-371-1

Depósito legal: B. 17.126-2021

2022. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.



Bildung y libros

Kurt, 1887-1913

Como nieto de Kurt Wolff, llegué al mundo envuelto en la certeza de que tocaría el violonchelo. Me lo explicaron a una edad muy temprana: con una madre pianista y un padre violinista, el pequeño Alex completaría el trío. Empecé con un chelo bastante más pequeño de lo habitual, un instrumento para niños, y al iniciar la escuela secundaria recibí uno un poco más grande, aunque ya tenía la esperanza de hacerme pronto con la reliquia delicadamente barnizada de Kurt, elaborada en el Tirol en 1779 con madera de arce y una majestuosa píceca de grano grueso.

No es necesario retroceder mucho en la ascendencia masculina de los Wolff para darse cuenta de que las cosas se hacían así. Mi abuelo se crió en Bonn, donde su padre impartía clases de música en la universidad y llevaba una agenda agotadora como organista, director de orquesta, intérprete de instrumentos de cuerda y maestro de coro. Los domingos, en la iglesia luterana de Kaiserplatz, Leonhard Wolff intercalaba piezas para órgano y coro durante los sermones de Pfarrer Bleibtreu, que significa literalmente «pastor sé fiel». Leonhard, un estudioso de Bach y amigo de Brahms, también era compositor, parte de su legado como el tercer Wolff de un linaje de músicos profesionales de Krefeld, en Renania. Cuando la pianista Clara Schumann visitó la ciudad para ofrecer unos conciertos de invierno organizados por su padre en la década de 1850, el joven Leonhard fue enviado a su hotel para llevar un presente a su habitación, probablemente flores o fruta.

En 1886, veinte meses después de que Anna, su primera mujer, se quitara la vida arrojándose al Rin, Leonhard volvió a casarse. Los padres de su nueva esposa, Maria Marx, eran originarios de Renania, y sus raíces judías se extendían hasta donde había registros. Para ejercer de madrastra de los dos hijos de Leonhard y Anna Maria, su nueva esposa dejó su trabajo de profesora en una escuela de secundaria para chicas. Una noche de marzo de 1887, Maria dio a luz a Kurt mientras Leonhard dirigía *El Mesías*, de Händel, en la vieja Sala Beethoven. «Un hijo nos es nacido», bromeaba la familia.

Bautizada en el cristianismo igual que sus padres, Maria dirigía un hogar culturalmente alemán, aunque en gran medida laico. Su formación como profesora se dejaba entrever en su forma de ejercer de madre, ya que compartía su amor por la poesía con sus hijastros y con Kurt, y también con su hermana Else, nacida tres años después. Kurt empezó las clases de chelo requeridas y puso rumbo a una educación en el liceo. En 1904, cuando Maria falleció a los cuarenta y seis años, había dejado una huella decisiva en la formación de su hijo, que en aquel momento tenía diecisiete.

Ensimismado y más introvertido que su mujer, a Leonhard le gustaba dar largos paseos y, de adolescente, mi abuelo solía acompañarlo. En aquellos paseos, Kurt interrogaba a su padre sobre compositores, intérpretes y, sobre todo, sobre dos antepasados paternos. El abuelo de Leonhard, Johann Nikolaus, hijo de un molinero franconiano nacido en 1770 —el mismo año que Beethoven—, había sido director musical en Krefeld. Hermann, el padre de Leonhard, que sucedió a Johann Nikolaus en ese puesto, trabó amistad con Clara Schumann y Robert, su marido y compositor. Hermann fue uno de los primeros defensores de Brahms. Tanto es así que, en 1870, abandonó Krefeld derrotado tras una reacción hostil a un concierto de *Un réquiem alemán*, al parecer una pieza demasiado radical para la ciudad en aquella época.¹ Leonhard honraría el gusto de su padre acogiendo la música de Brahms con entusiasmo. Antes de llegar a Bonn, había tocado música de cámara con el

maestro, y logró endilgar *Un réquiem alemán* a la ciudad poco después de ocupar su puesto de trabajo en 1884.

Un día de primavera de 1896, horas antes de que amaneciera y de que Leonhard dirigiera el coro en el entierro de Clara Schumann, el propio Brahms se personó en la casa de los Wolff en Bonnerthalweg. «Recuerdo la consternación, la emoción y la tristeza por la aparición inesperada de Brahms a las cinco de la mañana en el umbral de la casa de mis padres», rememoraba mi abuelo Kurt —que en aquel momento tenía nueve años— más de medio siglo después. «El desayuno fue como la Última Cena. Mi padre no volvió a ver a Brahms después del funeral.»² Ha sobrevivido esta fotografía de una reunión celebrada al día siguiente. Brahms es la figura desolada con barba blanca que aparece en el centro. Gracias a las anotaciones en papel de calco de la Gráfica Humana —es decir, mi padre—, sé que mis bisabuelos son los que flanquean al hombre con sombrero y barba oscura, justo detrás del compositor.

Los Wolff pertenecían a una clase de alemanes conocidos como *Bildungsbürgertum*, la alta burguesía dedicada al *Bildung*, un modo de vida en el que sus devotos se someten a un aprendizaje permanente y a cuidar y preservar su pa-



trimonio cultural sobre tres ejes principales: el arte, la música y los libros. Cuando tenía diez años, Kurt quedó cautivado por las historias de Theodor Fontane, y el amor por la literatura lo llevó por el camino del *Abitur*, la piedra angular de una educación secundaria en las artes liberales. Este tipo de refinamiento humanístico se daba por sentado en una ciudad universitaria como Bonn. «Si, de vez en cuando, se producía el hecho embarazoso de que el hijo de un miembro del claustro no estudiaba y se dedicaba a los negocios o el comercio, se perdía y era abandonado», comentaba mi abuelo. «Era una vergüenza para la familia, que lo lamentaba profundamente, y el desdichado episodio no era mencionado jamás.»³

Asediados por «pedantes y burgueses», como decía Kurt más tarde, los jóvenes de Bonn con ansias de expresarse recurrían a la música y la poesía.⁴ Leonhard fue mecenas del prodigio del piano Elly Ney, hija de un edil de la ciudad que vivía enfrente del colegio de Kurt. Después de la segunda guerra mundial, Bonn prohibiría la presencia de Ney en sus escenarios por ser partidaria del nazismo, pero, antes de que todo eso ocurriera, Kurt, que aún no había llegado siquiera a la adolescencia, se saltaba las clases de educación física para colarse en su salón y pedirle a Elly, de dieciséis años, que tocara para él. Y eso hacía ella, como si Kurt estuviera eligiendo canciones en una gramola. «Tocaba lo que yo quisiera, durante horas y sin descanso: Bach, Mozart, Beethoven, Schubert, Chopin [...]. Las sonatas de Brahms en do y fa menor... Mis conocimientos sobre las grandes obras para piano se los debo a aquellas horas con Elly [...]. Estaba completamente enamorado de la vivaz y joven leona.»⁵

Kurt se sumergió también en la literatura. Cuando tenía diecinueve años, conoció a Friedrich Gundolf, el titán literario que acabaría dando clases en la Universidad de Heidelberg. Gundolf era amigo del poeta Stefan George, que había atraído a un círculo de acólitos que incluía a los hermanos Stauffenberg, los aristocráticos oficiales alemanes que liderarían el fallido complot con el nombre en clave de

«Valkiria» para asesinar a Hitler. Poco antes de presentarle a Kurt, Gundolf le escribe una carta a Stefan George describiéndole al nuevo fichaje: «Es uno de esos jóvenes esenciales para crear ambiente y subir el nivel: refinado, atractivo, diligente, modesto, bien educado y poseedor de un espíritu conmovedor e inquisitivo lleno de frescura [...]».⁶

Poco después de ese encuentro, y a riesgo de abochornar al Bonn académico, Kurt viajó a la ciudad de São Paulo, en Brasil, para asistir a un programa de seis meses patrocinado por el sector de la banca alemana. Sin embargo, en cuanto regresó volvió a los libros. Con los 100.000 marcos de oro que heredó tras la muerte de su madre, una cifra que en la actualidad equivaldría a más de un millón de dólares, había empezado a comprar primeras ediciones e incunables del siglo xv, producidos poco después de la invención de la imprenta,⁷ y acabaría acumulando unos 12.000 volúmenes en su colección. Pero, al igual que su padre, un mecenas de la música, tanto antigua como nueva, Kurt no solo prestaba atención a la literatura que acumulaba polvo, sino también a la de su época, a los literatos que cuestionaban los estándares formales de la era guillermiana. Emigrando de un campus a otro como era habitual por aquel entonces, estudió literatura alemana en las universidades de Marburgo, Múnich, Bonn y, la más relevante de todas, Leipzig, en aquel momento epicentro del sector editorial del país. En 1908, a los veintiún años, aparcó su trabajo de doctorado en literatura para ocupar un cargo editorial en Insel Verlag.⁸ «Me encantaban los libros, sobre todo los libros bonitos, y cuando era adolescente y estudiante los coleccionaba, aunque era consciente de que era una actividad poco productiva», recordaba Kurt. «Aun así, sabía que tenía que encontrar una profesión relacionada con los libros. ¿Qué quedaba? Ser editor.»⁹

Uno de sus primeros proyectos nació de los archivos familiares. De adolescente, mientras ayudaba a su abuela materna, Bertha, a ordenar una estantería de su casa, había descubierto notas y tarjetas de visita de Adele Schopenhauer, hermana del filósofo, y Ottilie von Goethe, nuera

32 del escritor. Kurt pidió a su abuela más detalles. Resultó que Jeanetta, la madre de Bertha, era amiga de ambas. Bertha desenterró más correspondencia y, en 1909, complementando esas cartas con un diario de Adele que había encontrado en manos privadas, Kurt lo recopiló todo en dos volúmenes que serían publicados por Insel.

Después se interesó por la obra de un compañero de Johann Wolfgang von Goethe, el escritor Johann Heinrich Merck, un antepasado de la mujer de diecisiete años a la que Kurt había empezado a cortejar cuando estuvo destinado con el ejército en Darmstadt, y con la que se casaría más tarde: mi abuela, Elisabeth Merck. Su familia, propietaria de un negocio farmacéutico internacional, al principio lo rechazó como pretendiente, aduciendo los motivos opuestos por los que el profesorado de Bonn tal vez lo habría considerado deficiente: Kurt les parecía un hombre de demasiadas letras y pocos negocios. Pero la edición de libros probablemente inclinó la balanza y, a finales de 1907, los Merck acabaron aprobando el matrimonio, que se celebró en 1909, poco después de que se tomaran estos retratos.

En 1910, Kurt se convirtió en socio sin voz ni voto del editor Ernst Rowohlt, que acababa de lanzar el que sería uno de los sellos más importantes de Alemania. Con su fi-



gura esbelta y sus modales refinados, y ahora que se había instalado con su mujer en un apartamento de Leipzig con servicio, Kurt era muy distinto de Rowohlt, un personaje campechano y fanfarrón que hacía negocios en tabernas y clubs de vino de la ciudad, y que a veces dormía en la oficina. En junio de 1912, tras abandonar su trabajo de doctorado, Kurt encontró más tiempo para husmear en los asuntos de la editorial,¹⁰ así que tuvo la suerte de estar en la oficina el día que Max Brod, un escritor de Praga, apareció con un protegido suyo llamado Franz Kafka. Kurt recordaba dicha visita años después:

Ese primer momento me dejó una impresión indeleble: [Brod] estaba presentando a la estrella que había descubierto. Era cierto, claro está, y si la impresión resultó un tanto bochornosa fue por la personalidad de Kafka; era incapaz de superar la incomodidad de las presentaciones con un gesto informal o una broma.

Cómo sufría. Taciturno, cohibido, frágil, vulnerable, intimidado como un colegial enfrentándose a sus examinadores, creía que nunca estaría a la altura de las contundentes afirmaciones expresadas por su representante. ¿Por qué se había metido en aquel embrollo? ¿Cómo pudo aceptar que le presentaran a un posible comprador como si fuera mercancía? ¿Verdaderamente deseaba que alguien publicara sus nimiedades? ¡No, no, en absoluto! Respiré aliviado cuando terminó la visita y me despedí de aquel hombre, con sus ojos hermosos y una expresión de lo más conmovedora, una persona que parecía existir fuera de la categoría de la edad. Kafka aún no había cumplido los treinta, pero su aspecto, pese a parecer cada vez más enfermo, siempre me causaba una sensación de atemporalidad: se lo podría describir como un joven que jamás había dado un paso hacia la madurez.¹¹

Un comentario que hizo Kafka aquel día explicaría la impresión que se llevó Kurt de él, esto es, la de un chico inocente y falto de confianza: «Siempre le estaré mucho

34 más agradecido por devolverme los manuscritos que por publicarlos». ¹²

La relación con Ernst Rowohlt se rompió meses después, cuando Kurt apareció con su amigo Franz Werfel, un novelista, dramaturgo y poeta nacido en Praga al que había contratado como lector con unas condiciones generosas y sin detallar el acuerdo a su socio. ¹³ En febrero de 1913, utilizando dinero de los Merck, la familia de su mujer, y parte de la suma que había heredado de los prósperos antepasados de su difunta madre, Kurt decidió comprar la editorial de Rowohlt. Más tarde rebautizó la nueva empresa como Kurt Wolff Verlag y se llevó a Kafka y a Brod con él. Recaudó más dinero para financiar el negocio subastando parte de su colección de libros y, por si a alguien se le pasaba por alto el simbolismo —¡que lo viejo financie lo nuevo!—, Kurt adoptó un credo que exponía en una carta dirigida al crítico y editor vienés Karl Kraus: «Considero que un editor es, ¿cómo lo diría...?, una especie de sismógrafo cuya tarea consiste en llevar un registro preciso de los terremotos. Intento tomar nota de lo que traen los tiempos en cuanto a expresión y, si me parece valioso en algún sentido, se lo presento al público». ¹⁴

En 1912, por insistencia de Werfel, Kurt había ido a Viena a conocer a Kraus, y se sintió abrumado por la agotadora intensidad de aquel provocador literario. Ya fuera hablando de literatura o llevándolo a ver la ciudad, Kraus, que en aquel momento tenía treinta y ocho años, quería que su visitante, de veinticinco, le prestara toda su atención. «Si quiere acompañarle al hotel, no debe usted interpretarlo como un gesto de cortesía y negarse», le había advertido Werfel. «Kraus acompaña a la gente a casa. No soporta la idea de que conozcan a otra persona después de estar con él. Si quiere quitárselo de encima, Kraus solo aceptará una excusa, aunque de mala gana. Entre la medianoche y la una de la madrugada, mencione un encuentro con una mujer. Es su única posibilidad.» ¹⁵

La primera visita de Kurt al apartamento de Kraus se prolongó hasta el alba, momento en el que su anfitrión cogió un libro de poesía de una estantería y empezó a recitar

algunos de sus poemas favoritos. «La poesía apenas penetró en la niebla de mi fatiga», rememoraba Kurt. «No me sentí hipnotizado por aquellos versos que ya conocía, sino por el hombre singular que los leía. Mecánicamente, empecé a recitar con él las últimas estrofas de *Mondlied* [“Canción de la Luna”, del poeta Matthias Claudius], pero pronto me descubrí recitándolas solo y Kraus se quedó en silencio:

*Libranos de tu ira, Señor, te rogamos;
permite que nuestros sueños sean dulces,
y también los de nuestro vecino enfermo».*¹⁶

«Me miró asombrado y, con un tono de voz que denotaba a la vez desaliento y sorpresa, me preguntó: “Pero ¿cómo sabe usted eso? ¡Matthias Claudius es un absoluto desconocido!”.»

«En Austria es posible», repuse, «pero no de donde yo vengo. Cuando tenía entre cinco y ocho años, cansado de las habituales oraciones para niños a la hora de acostarme, mi madre me recitaba *Mondlied* cada noche.»¹⁷

«Su alegría por haber encontrado a alguien que compartiera su entusiasmo fue más grande que la decepción por no haber sido el primero en dármele a conocer.»

La primera en hablarle de Claudius había sido su madre, Maria Marx Wolff, una mujer de ascendencia judía y originaria de Renania. Un joven rebelde de Bonn de principios de siglo encontraba su voz en la música y la poesía, y Kurt heredó de su padre el amor por la primera. La afición a la literatura —la pasión con la que se abriría camino y se haría un nombre y, a la postre, se reinventaría en el exilio— le venía de su madre, que aparece en la siguiente imagen.¹⁸

Pero la historia de mi abuelo Kurt no ha hecho más que empezar. El mundo al que se vio abocado ese joven con una formación exquisita no sería muy amable con un *Bildungsbürger* que rehuía la deshonestidad de la política. Para los alemanes que se contentaban con perderse en los libros, el arte y la música, la historia de su pasado tenía consecuencias y dejaba pistas de lo que podía depararles el futuro.



Es imposible comprender del todo a mi familia sin ahondar en una serie de acontecimientos extraños e históricamente importantes que tuvieron lugar en Karlsruhe, la capital de Baden, en el sudoeste de Alemania, durante la primera mitad del siglo XIX.

Salomon von Haber, el tatarabuelo de Kurt Wolff, que aparece en la imagen de la página siguiente, trabajó para tres grandes duques de Baden, primero como financiero independiente y, desde 1811, como banquero del gran ducado. A comienzos del siglo XIX, Baden había contraído numerosas necesidades materiales, y Salomon sabía qué hilos mover para costearlas. Si el Estado necesitaba arreos para la caballería o satén para los vestidos de las damas, «los judíos de la corte» contactaban con correligionarios de confianza provenientes de toda Europa para mover oro o conseguir préstamos. Al mismo tiempo, Salomon participaba activamente en la comunidad judía de Karlsruhe y abogó por algunas reformas, como una liturgia modernizada y la oración en alemán en lugar de hebreo. Puesto que el gran duque Luis I seguía el ejemplo de la Patente de Tolerancia de los Habsburgo, mi antepasado, el *Hofbankier*, parecía satisfecho con su identidad como miembro de la élite y judío alemán practicante.¹⁹

En 1819, sin embargo, estallaron revueltas antisemitas entre los universitarios de la ciudad bávara de Wurzburg, y no tardaron en extenderse por toda Alemania. Hordas de ciudadanos, muchos de ellos miembros de la clase media culta, cantaban *Hep, hep, Jude verreck!* (¡Muerte a los judíos!) mientras destrozaban tiendas y viviendas y expulsaban a los judíos al campo.²⁰ En Baden, ni siquiera el banquero de la corte del gran duque estaba a salvo. La noche del 27 de agosto se congregó una multitud frente al palacio de Haber —donde Salomon tenía su residencia, ubicada en Marktplatz, al otro lado de la principal sinagoga de Karlsruhe—, y la gente empezó a lanzar piedras y a cantar eslóganes antijudíos. Escoltado por un destacamento de guardias que le proporcionó el gran duque, Salomon huyó a la ciudad de Steinach, un lugar seguro situado cien kilómetros más al sur.²¹

El berlinés Ludwig Robert, un dramaturgo de origen judío recientemente convertido al cristianismo que se encontraba en Karlsruhe visitando a su prometida, fue testigo de los altercados y sus consecuencias: soldados patrullando a caballo las calles cubiertas de escombros; carteles con mensajes del tipo «MUERTE Y DESTRUCCIÓN PARA LOS JU-



38 DÍOS», y ciudadanos que no solo se reían del espectáculo, sino que protestaban por que el comandante de la guarnición hubiera dado orden de cerrar las tabernas para aplacar la agitación. Aquello era antisemitismo festivo. La emancipación de los judíos en la Confederación Germánica, decretada por Prusia siete años antes, apenas había conseguido cuajar, según escribió un disgustado Robert a su hermana, residente en Berlín: «Lo corrupta que es la gente en realidad y lo inadecuado que es su sentido de la ley y la justicia, por no hablar de su amor hacia la humanidad, queda claro por el hecho de que no hubo ni una sola muestra de indignación ante esos incidentes, ni siquiera en los documentos oficiales». ²²

Se tardaron días en restablecer el orden, que no llegó hasta que el gran duque sacó los cañones a la calle. Los carteles incendiarios fueron reemplazados por otros nuevos: «EMPERADORES, REYES, DUQUES, MENDIGOS, CATÓLICOS Y JUDÍOS SON TODOS HUMANOS Y, POR ENDE, NUESTROS IGUALES». ²³ En un carruaje tirado por seis caballos, Luis I acompañó personalmente a Salomon en su viaje de regreso desde Steinach, y luego ofreció una muestra de solidaridad al trasladar temporalmente su corte al palacio de Haber. ²⁴

Luis I agradecía tanto la labor de Haber en nombre del gran ducado que, en 1829, un año antes de su muerte y dos años antes de la de Salomon, le confirió el título nobiliario que permitió a la familia utilizar el «von». Los von Haber habían hecho mucho para ganarse ese honor. Habían desarrollado los tres grandes centros industriales de Baden: una fábrica de azúcar, una de algodón y otra que producía locomotoras. Después de la muerte de Salomon, dos de sus hijos, Louis y Jourdan, se hicieron cargo de esas empresas, y el primero asumió el papel de su padre como banquero de la corte.

Aunque Louis y Jourdan von Haber siguieron siendo judíos, su hermano mayor, Moritz von Haber, en la siguiente imagen, se había convertido hacía mucho tiempo. En 1819, a sus veintidós años, se casó con la hija de un banque-



ro parisino en una ceremonia católica, y en las dos décadas posteriores llevó una vida de prominencia social en París y Londres. Con la ayuda de agentes de todo el continente, Moritz atendía toda una cartera de intereses, entre ellos explotaciones mineras en Francia y Portugal. También gestionaba las finanzas del rey francés Carlos X y Don Carlos, el Borbón que pretendía el trono de España.

A finales de la década de 1830, Moritz tuvo un enfrentamiento que inició lo que en toda Europa se daría a conocer como el Caso Haber.²⁵ Según cuenta la historia, un oficial inglés llamado George Hawkins llevaba unos documentos de España a Inglaterra cuando las autoridades francesas, con simpatías carlistas, lo detuvieron. Hawkins sospechaba que Moritz había orquestado su arresto y lo retó a un duelo. Insistiendo en que el inglés no estaba en posición de hacer tal cosa, Moritz se lo quitó de encima.

Por la misma época, tras dos décadas codeándose con la nobleza de toda Europa, Moritz volvió a Karlsruhe con la arrogancia de un hombre de mundo. Gracias a los matrimonios de sus hermanos Louis y Jourdan, el hijo pródigo tenía ahora contactos con la familia de banqueros Rothschild, y empezó a describirse a sí mismo como «una persona con medios privados».²⁶ Moritz se convirtió en un habi-

tual en la corte de Sofía, la gran duquesa de Baden, de origen sueco, con quien compartía una mirada cosmopolita y un carácter alegre. Pronto empezaron a correr rumores de que Moritz mantenía citas amorosas con la duquesa en Schloss Favorite, el pabellón de caza situado al sur de la ciudad, y acabaron atribuyéndole incluso la paternidad de su hija menor, la princesa Cecilia,²⁷ de modo que los funcionarios y cortesanos del palacio ducal —por no hablar de Leopold, el marido de Sofía, hijo de Luis I y nuevo gran duque— empezaron a mostrar su desaprobación por la presencia del intruso y las habladurías que estaba provocando.

En un momento dado, George Hawkins, el viejo enemigo de Moritz, decidió ir a Karlsruhe en su busca. Hawkins falleció antes de lograr alguna satisfacción en su disputa, pero, en 1843, Julius Göler von Ravensburg, un oficial del ejército badenés que se había alineado con Hawkins, decidió ocuparse de la causa del difunto militar inglés. Calificó a Moritz de *ein Hundsfott*, un canalla, pero Moritz no mordió el anzuelo y se negó a retar a Ravensburg a un duelo. Y ahí podría haber acabado todo. Sin embargo, poco tiempo después la temporada social en la ciudad balneario de Baden-Baden estaba en pleno apogeo y, al parecer, Moritz fue tachado de la lista de invitados de uno de los elegantes bailes que figuraban en el calendario. Cuando exigió una explicación a los árbitros sociales, le dijeron que no era «un hombre de honor» porque no había respondido a un insulto, así que Moritz llegó a la conclusión de que no tenía más remedio que aceptar el desafío de Ravensburg.

En la Europa de la primera mitad del siglo XIX, un hombre de cierto rango o posición social que hubiera sido desairado en público no buscaba reparación por medio de la policía o los juzgados, sino que insistía en un encuentro con armas letales según unas reglas preestablecidas. Si habías sido insultado y no exigías un duelo, perdías el derecho a asociarte con personas de buena reputación. Para los judíos, sin embargo, las cosas eran bastante más complicadas. No era inusual que un estudiante universitario alemán de origen judío con habilidad para las pistolas fuera despreciado

con algún comentario antisemita y retara al culpable,²⁸ pero en esa época surgió un movimiento de fraternidades no judías de universidades alemanas que decidió declarar a los judíos «no merecedores de satisfacción». Y eso fue lo que sucedió cuando, finalmente, Moritz decidió desafiar a Ravensburg: un tribunal de honor declaró que Moritz no era digno de participar en un duelo. Como dirían los alemanes, no era *satisfaktionsfähig*.

Y ahí pareció quedar todo, una vez más.

El protocolo de los duelos, sin embargo, dictaba que cada participante nominara a un «segundo», alguien que se ocupara de la logística y ejerciera de intermediario. Para ese papel, Moritz había elegido a un oficial ruso llamado Mijáil von Werefkin, y el segundo de Ravensburg, Georg von Sarachaga-Uria, un miembro de la corte de Baden nacido en España, no solo reiteró a Werefkin la negativa de su señor a participar en el duelo, sino que se unió a Ravensburg para agredir al ruso en una calle de Karlsruhe.

A consecuencia del incidente, Werefkin y Ravensburg acordaron batirse en duelo en un campo de tiro del bosque de Forchheimer, al sur de la ciudad. El 2 de septiembre, Werefkin hirió mortalmente a Ravensburg con su primer disparo, pero, mientras yacía en el suelo, Ravensburg logró abrir fuego y acabó con la vida de Werefkin.

La muerte de ambos duelistas supuso toda una conmoción en Baden. A los tres días, tras el entierro de Ravensburg, una procesión de dolientes recorrió Langestrass, la calle principal de Karlsruhe, y cuando el cortejo funerario llegó al palacio de Haber, mientras la noche caía sobre la ciudad, empezó a circular el rumor de que Moritz estaba observando desde una de las ventanas de los pisos superiores.

En ese momento, el grupo de dolientes se dispersó, y una muchedumbre de ciento cincuenta personas liderada por estudiantes y soldados saqueó la misma casa de la que el padre de Moritz había tenido que huir durante los altercados de veinticinco años atrás. «¡Fuera los judíos!», gritaba la

42 multitud, y «¡Esta noche acabaremos con el *Hep, Hep* allí!» Los manifestantes atacaron también dos negocios judíos cercanos y lanzaron a los propietarios a través del escaparate. David Meola, director del Programa de Estudios Judíos y del Holocausto en la Universidad del Sur de Alabama y un experto en la historia del Caso Haber, me contó que el ataque duró horas, y que los soldados alentaban a los ciudadanos al grito de «¡Ahogadlos en su propia sangre!». Los altercados provocaron daños por valor de decenas de miles de florines, el equivalente a varios millones de dólares de la actualidad. En esta ocasión, el gran duque en funciones no ofreció protección alguna. En esos años, el estatus de los judíos de Karlsruhe, incluso el de los más importantes, se había vuelto cada vez más endeble.

De hecho, cuando se produjeron los disturbios Moritz ya no se encontraba en la casa familiar. Media hora antes, la policía lo había encarcelado en Rastatt, al sur de la ciudad. Allí fue condenado rápidamente por incitar el duelo entre Ravensburg y Werefkin, y tuvo que pasar catorce días en prisión. En cuanto cumplió la condena, las autoridades lo deportaron a Hesse.²⁹



El palacio de Haber, en Karlsruhe.

En las semanas posteriores, Sarachaga-Uria prometió vengar la muerte de su camarada. Retó a Moritz en una carta abierta en la que empleaba un lenguaje provocador para dejar claro que no tenía reparos en batirse en duelo con alguien a quien llamaba por escrito *ein geborener Israelit*, un judío de sangre. Moritz aceptó, y el 14 de diciembre, esta vez muy al norte de Karlsruhe, cerca del pueblo hessiano de Roggenheim, mi antepasado mató a Sarachaga-Uria con su segundo disparo. A continuación, Moritz fue arrestado por participar en un duelo ilegal y condenado por un tribunal militar hessiano a seis meses de cárcel, cuatro de los cuales no cumplió por buena conducta y servicios a la comunidad. Cuando fue puesto en libertad, Moritz presentó y ganó sendas querellas por injurias contra un periódico de Karlsruhe y un periodista de Fráncfort, y donó la indemnización a la beneficencia.

Durante aquellos meses, el caso Haber causó sensación en todo el continente. Moritz tenía sus simpatizantes, sobre todo en la prensa de Renania. Muchos alemanes conocían la solidaridad de la familia y las obras de caridad que solía llevar a cabo Moritz, incluida una cuantiosa donación a la campaña de recuperación de Hamburgo tras el incendio de 1842. Pero gran parte de la cobertura mediática se dedicó a complacer los instintos más básicos de una población enconada. Para la mayoría de los ciudadanos de Baden, los hechos de finales de 1843 se reducían a una sencilla explicación: por un lado, tres cristianos muertos; por el otro, un judío arrogante y todavía en libertad.



En la época del Caso Haber, los judíos de Baden se hallaban en la cúspide de la emancipación. La asamblea legislativa del gran ducado había tratado el tema en doce sesiones consecutivas y, solo unos meses antes, el Parlamento de la cercana Renania Prusiana había votado a favor de conceder plenos derechos ciudadanos a los judíos. Mientras Baden celebra-

44 ba el veinticinco aniversario de su Constitución, el escritor de origen judío Heinrich Heine elogiaba la libertad absoluta como «la llamada de los tiempos». Sin embargo, aunque en 1843 los judíos no representaban más de un 1,5 por ciento de la población del gran ducado, y tal vez un cinco o un seis por ciento dentro de los límites de la ciudad de Karlsruhe, los cristianos de Baden temían la emancipación judía.

En el juicio, el abogado cristiano liberal de Moritz había enumerado los muchos perjuicios que había sufrido su cliente. Su casa había sido invadida y sus propiedades destruidas, y además le habían arrebatado su libertad. Sin embargo, debido a la censura de la prensa la ciudadanía no pudo tener en cuenta esas alegaciones. Tras su puesta en libertad, Moritz fue expulsado sumariamente de Baden. Todas esas injusticias fueron infligidas a un ciudadano del gran ducado —cuya familia había sido ennoblecida por el padre del gran duque— solo unos días después de que Baden celebrara su estatus de *Rechtsstaat*, un Estado de derecho.³⁰

En los años posteriores, el contexto del Caso Haber cobró tintes cada vez más antisemitas. El editor de un manifiesto que había escrito Sarachaga-Uria antes del segundo duelo, distribuido tras la muerte del oficial español, decidió emparejar el texto con un grabado de Sarachaga-Uria junto a Ravensburg y Werefkin y la leyenda *Duell-Opfern* («Sacrificios de un duelo»). Las crónicas populares calificaban a Ravensburg de *Landeskind*, un «hijo de la nación» que había dado su vida por la patria.

Ese argumento perduraría hasta el siglo posterior, con la publicación en 1926 de la novela histórica *König Haber* (Rey Haber). El libro no se molesta en cambiar el nombre de su protagonista, «el banquero Moritz Haber o, por darle su título más reciente, barón von Haber...». En la novela, Moritz engaña al gran duque, tiene un hijo con la gran duquesa y se lleva su merecido cuando una procesión de dolientes que regresan del funeral de un tal «barón Raven» lo ve en el balcón de su casa y lo apedrea. Finalmente, alguien entre la multitud dispara la bala que acaba con su

vida. La historia es tan difamatoria que, en 1947, Willy Model, un descendiente de Salomon, intentó restituir parte de la reputación de nuestro antepasado común con una declaración jurada en la que separaba habladorías de hechos constatados.³¹

El Caso Haber vaticinaba las atrocidades que estaban por llegar. El momento de la publicación de *König Haber* —en el apogeo de la toma de poder nazi— contribuyó a avivar el antisemitismo que Hitler y Joseph Goebbels, su ministro de Propaganda, acabarían explotando. Y el episodio estaba en sintonía con *Jud Süß*, una película de 1940 que trata sobre un banquero de la corte judía del siglo XVIII que se convirtió en una figura recurrente en la propaganda nazi.

En el manifiesto de Sarachaga-Uria contra Moritz escrito poco antes de su muerte en el segundo duelo, declaraba que «la religión y el honor» impedirían que Moritz fuera nunca «sincero y claro». Fuera cual fuera el resultado del duelo, afirmaba el oficial de Baden, sería «un juicio de Dios entre el bien y el mal, lo correcto y lo incorrecto».³²

Tras ganar el duelo con Sarachaga-Uria, Moritz no pudo resistirse a una réplica triunfal. En enero de 1844, una vez cumplida su condena en Hesse, compró espacio en varios periódicos de los estados alemanes. «Y bien», rezaba una de sus *Erklärungen*, o declaraciones, «el mayor impulsor del destino humano ha juzgado conforme a su sabiduría entre el bien y el mal, lo correcto y lo incorrecto.»³³

David Meola lo expresa de este modo en un artículo académico sobre el Caso Haber: «Como vencedor del duelo, por tanto, podemos considerar que Haber ha sido calificado —por Dios— como bueno y correcto. Asimismo, en el ámbito público, Haber tendría la última palabra al derrotar póstumamente a su oponente utilizando los términos y las creencias de su adversario».³⁴

Para el tío Moritz, debió de ser un *touché* de lo más satisfactorio.

Tengo pocas pistas sobre cómo procesaron mis antepasados la vida y las tribulaciones de Moritz von Haber a lo

46 largo de los años. August, el abuelo de Kurt y primogénito de Henriette von Haber, la hermana de Moritz, acabaría ocupándose de algunos negocios de su tío, así que cuesta imaginar que mi abuelo no oyera hablar de su célebre antepasado. Mi padre, sin embargo, jamás mencionó a Moritz.³⁵ No supe de él y su saga hasta que llegué a Berlín siguiendo una frase poco relevante en un ensayo genealógico de mi tía Holly, la nuera de Kurt. En esta frase se alude a él como un «vividor, duelista y aventurero conocido en todo el mundo», y afirma que es posible que, en los instintos cosmopolitas, el espíritu generoso, el olfato para el comercio y el ojo para las mujeres de su tataratío, Kurt hallara inspiración y un modelo.³⁶

Kurt y Moritz compartían algo más. Ambos creían gozar de todos los derechos de un ciudadano de un Estado constitucional, pero descubrieron que no era así.



Los viajes de mi abuelo exiliado y mi padre emigrante constituyen una reprimenda a la corriente antiinmigración que reina ahora en gran parte de Estados Unidos, el país que en su día los acogió. Hoy, la canciller alemana, y no el presidente estadounidense, está acogiendo a personas en busca de asilo, denunciando el neonazismo y abogando por la integración global y la democracia liberal. El contraste resulta aún más evidente cuando se ve desde Berlín, tal vez la ciudad más radicalmente acogedora de la Tierra, no solo en los últimos años, cuando Angela Merkel abrió Alemania a más de un millón de refugiados, sobre todo sirios, sino durante casi toda su historia, desde la época en la que el duque de Prusia invitó a cincuenta familias judías vienesas a instalarse allí después de la guerra de los Treinta Años.³⁷

No todos los alemanes ofrecen un abrazo. Merkel no ha conseguido ganarse a los seguidores del partido antiinmi-

gración Alternative für Deutschland, o AfD, especialmente popular en los pueblos y zonas rurales de la vieja Alemania Oriental que rodean la ciudad. Pero en la propia Berlín, sobre todo en Kreuzberg, donde hemos aterrizado nosotros, impera un cosmopolitismo desafiante. Lo vemos en grafitis como NAZIS RAUS (Nazis fuera) y en discotecas como SO36, que organiza una noche mensual de baile para musulmanes homosexuales. Se anuncia con una pancarta que dice «LA ISLAMOFOBIA PERJUDICA EL ALMA», colgada en la fachada de la iglesia de la esquina, donde hay tantas posibilidades de oír músicas del mundo como una liturgia luterana. Todo ello evoca el espíritu de los activistas que en su día ocupaban edificios abandonados y, poco antes de la caída del Muro, declararon la República Libre de Kreuzberg, donde se emitieron «visados» y se construyeron «aduanas» de papel maché. Y valida lo que escribió el periodista exiliado Sebastian Haffner desde la tranquilidad de Inglaterra en vísperas de la segunda guerra mundial: «Berlín era, por exponerlo con exactitud prusiana, la esencia misma de una metrópolis internacional. Por decirlo de algún modo, tenía raíces en el aire. No extraía su fuerza vital del suelo de los campos colindantes [...], sino de todas las grandes ciudades del mundo».³⁸

La diferencia de seis horas entre Washington D.C. y Berlín garantiza que despertemos cada mañana con noticias contrastadas en Estados Unidos durante la noche. Tres días después de nuestra llegada, nos enteramos de que unos etnonacionalistas habían organizado un encuentro de supremacistas blancos en Charlottesville, Virginia. Donald Trump no condenó a los neonazis allí congregados, uno de los cuales atropelló mortalmente a la manifestante Heather Heyer con su coche. Poco después, el presidente describió a los protagonistas del día como «muy buena gente en ambos bandos».

Estos acontecimientos tienen un marcado paralelismo local. Los alemanes pronto acudirán a las urnas para valorar la decisión que tomó Merkel en 2015 de acoger a inmigrantes desafiando al AfD, que ha estado cacareando la doctrina

48 de «sangre y tierra» en el corazón del nacionalsocialismo. Casi toda mi vida he sido consciente de cuánto se jugaba Alemania con una decisión como esa. Y aquí está, ante mí, al mismo tiempo que Estados Unidos parece hallarse en una encrucijada similar.